

ESTUDIOS

Consideraciones acerca del pensamiento hispanoamericano

Un mal dibujante traza casi siempre el mapa de la América del Sur en forma de signo de interrogación. Considerando este fenómeno nos es fácil llegar a dos conclusiones más verídicas de lo que se podría creer: a) la mayor parte de los individuos que han hecho el mapa cultural de América son malos dibujantes; b) el mapa de nuestro continente no tiene la forma de un signo de interrogación. La culpa de todo esto, claro está, la tenemos nosotros mismos. Hemos dejado que hombres venidos de otras tierras y otros climas vengan a decirnos lo que somos o dejamos de ser; hemos llegado a creer a pie juntillas que nos han dicho la verdad y aun cuando les sabemos equivocados seguimos sosteniendo que tienen razón y nos adaptamos o transformamos de muy buena voluntad para que nuestra idiosincrasia encaje en la fórmula que nos destinaron.

Desde los tiempos coloniales han venido de fuera los hombres que han explicado al mundo el espectáculo de América y

su habitante. Espectáculo, porque eso y nada más fueron las tierras nuevas para descubridores y colonos y han seguido siéndolo para el científico de los siglos XVIII y XIX y para el turista intelectual de los tiempos modernos. Desde Oviedo hasta Keyserling, Siegfried y Frank, pasando por Darwin, Humboldt, Prescott, sólo voces extrañas a nuestros oídos nos han dicho cuál es nuestro mundo objetivo, cuál nuestro horizonte espiritual. Nosotros, por inercia, por la seguridad de nuestra inferioridad, o por lo que se quiera, hemos sido los conejos de India —cobaya, agutí—. Orgullosamente lo hemos sido, con el corazón palpitante y las pupilas extasiadas ante el vidrio luminoso del microscopio.

¡Y qué no han dicho de nosotros los turistas de todos los tiempos! Desde las maravillosas invenciones del Padre Las Casas hasta las policromías infantiles de Paul Morand y las alegorías absurdas del buen Conde de Keyserling ¡cuánta falsedad, cuánta falta de comprensión y de sentido americano! ¿Cuál de estos turistas miró cara a cara al indio, vió su alma angustiada y perdida en el cruce de cien caminos, descendió hasta lo más profundo de su tragedia? Espectáculo, nada más que espectáculo para el arqueólogo, para el antropólogo, para el historiador, para el sociólogo, turistas todos, turistas de gestos doctorales y astigmatismo visual y mental.

Sólo ahora empezamos a sospechar que bien pudiéramos nosotros mismos meternos en nuestro yo y explicar luego al mundo lo que tenemos, pensamos y queremos; sólo ahora nos damos cuenta de que el mejor expositor del hombre americano debe ser el hombre americano y de que todo conocimiento que no sea inmanente no subirá jamás de la categoría descriptiva. Ya nos cansamos pues de ser espectáculo y hemos comenzado la conquista de nuestra personalidad racial, cuya primera etapa consiste en el conocimiento propio. ¿Quiénes somos? ¿En qué grado nos diferenciamos del hombre europeo, asiático, norteamericano? ¿Es la expresión de nuestra idiosincrasia resultado de una inter-

compenetración del hombre con su ambiente? ¿Nos hemos extrañado en los caminos de la historia? ¿Tenemos algún papel que cumplir en la civilización que no pueda ser satisfecho por el hombre de otras partes? ¿Somos la continuación mental de Europa o debemos ensayar nuevas formas de pensamiento?

Al tratar del problema cultural de nuestro continente debemos tener en cuenta estas preguntas. Debemos buscar la solución de las mismas con un criterio esencialmente realista, forma de sistema que yo creo típicamente americana, evitando por igual el dogmatismo de un Spengler como el malabarismo verbal de un Ortega y Gasset. Frente a nuestra actitud de misticismo contemplativo están el pragmatismo de James y la *Weltanschauung* del profesor Dewey. Acaso nuestro caótico misticismo se pueda orientar por caminos seguros y sólidamente construídos.

*

* * *

La aparición de un nuevo pensador hispanoamericano es siempre un acontecimiento en nuestra vida intelectual saturada de impresionismo, facilidad estilística, y esteticismo. Y si este pensador es un hombre joven, mayor razón de regocijo, ya que la actitud austera y el gesto meditabundo parecen ser el privilegio exclusivo de la vejez entre nosotros. La trayectoria de la vida del escritor ha sido casi siempre la misma: poesía lírica a los veinte años, prosa a los treinta, puesto diplomático o político a los cuarenta. Y por encima de todo esto, una profunda indiferencia por los problemas americanos y un falso barniz de europeísmo. Las excepciones —Sarmiento, González Prada— sirven sólo para confirmar nuestras palabras.

Desconocido aún para la mayoría pensante de América se nos presenta un joven escritor boliviano con un libro nutrido y original que ha dado motivo a estas notas marginales mías. Su nombre es Humberto Palza; su libro se intitula *El hombre como mé-*

todo. Adivinamos desde el título la influencia del racionalismo kantiano y nos disponemos a encontrar en él esa falsa perspectiva que venimos criticando a lo largo de este artículo, pero tras cuidadosa lectura nos hallamos con una síntesis admirable de pensamiento hispanoamericano. Su autor, aun tratando de establecer una serie de categorías filosóficas autóctonas para su continente, se revela hombre modernísimo de América, tan atento al ritmo cultural de Europa como al latido del alma indígena de su tierra. En esta aparente antinomia está toda la esencia de nuestra manera de ser actual. Efectivamente, *Amerika ist wie ein Januskopf.*

Hombre de sólida cultura filosófica, Palza entra con el valor de su nobleza de propósitos en el análisis de la cultura occidental y de su hombre, aceptando hasta donde es prudente la teoría de que Europa está en peligro de derrumbe y aprovechándola para urgir a América a que encuentre su propio derrotero, porque si la cultura europea “es la más alta síntesis lograda hasta ahora, el punto más alto del proceso de superación” (cultural), es lógico deducir, y así lo apunta Palza, la necesidad y no solamente la posibilidad de subsiguientes superaciones.

Notamos de inmediato el eco de las palabras de Spengler en su difundido libro *La decadencia de Occidente* y un aprovechamiento nuevo de sus enseñanzas. Sólo que aquí entramos nosotros a oponerle reparos. Nosotros no creemos en la decadencia de Europa —tampoco lo cree Palza *toto corde*—; antes por el contrario, consideramos que su culto actual de la fuerza y la violencia, su barbarie aparente, es sólo un proceso de adaptación, de readaptación mejor, una protesta contra el fracaso de ciertos postulados que nos llegan del siglo XVIII; en resumen, una forma de vitalidad puramente biológica que forzosamente dará paso a nuevas fuerzas espirituales.

A vuelta de consideraciones acerca del origen y formas de la cultura europea, Palza insiste en una concepción antropomórfica de cultura, concepción que para el hombre español adquiere

re caracteres verdaderamente egocéntricos, ejemplarizada en las ideas de casi todos los filósofos ibéricos, desde el doctor Juan Huarte hasta don Miguel de Unamuno. Teoría del hombre concreto que adquiere proporciones fantásticas en los santos, en San Juan de la Cruz y en Santa Teresa, al aplicarse a la deidad.

Mas, he aquí que para nuestro joven y alerta pensador boliviano el hombre empieza a desaparecer destrozado, aniquilado casi, por la maquinaria que se levanta por cima de él como un monstruo invencible, su propia creación. En el auge que adquiere la biografía en nuestros días se echa de ver esa "nostalgia" por la pérdida del hombre, la inútil búsqueda de él en épocas pasadas. Por encantadora paradoja, esa pérdida de la personalidad europea es uno de los andamiajes norteamericanos que sobre lo individual coloca la colectividad. Al juzgar al hombre norteamericano llaman la atención del señor Palza el espíritu de servicio social y la especialización cuyo centro estaría en las universidades. Si es verdad que nuestro autor conoce ya bastante bien a este pueblo de los Estados Unidos, su cultura afrancesada le dificulta un tanto la comprensión absoluta de las causas fundamentales de la civilización norteamericana, aunque hay que aplaudir en él el profundo respeto con que ataca el problema. La suya es una actitud muy similar a la de José Enrique Rodó, tan elegante aunque inciertamente expresada en *Ariel*, similitud que alcanza hasta las conclusiones finales, pues donde el uruguayo reconoce el triunfo de la voluntad (*will*), el boliviano alaba cualidades positivas como las de empresa, decisión y acción. Y pensando en su América India, Palza termina por decir: "El hacer es un llegar a dominar, el no hacer es un quedar dominado. Y piénsese lo valioso que esta ingenua verdad tiene para constituir una nación".

Pasa seguidamente el señor Palza al estudio del hombre indoamericano y dedica interesantes y bellas páginas a la conquista de nuestro continente. En ellas rinde caluroso homenaje al conquistador español del siglo XVI. En conclusiones que pa-

recen paradojas expresa definitivas verdades como aquella de que España se indoamericaniza, parecida a la de nuestro querido Sanín Cano, que afirmó en cierta ocasión que España era la última república hispanoamericana. Al discutir el cruce de razas levanta como una lanza esta terrible verdad: el alma indígena apenas si entró en el mestizaje; el indigenismo fué poseído en su materialidad y no en su alma. El alma del indio quedó aislada, oculta, como planta que crece entre rocas y ventisqueros. El mestizo resulta una especie de caos en que dos razas distintas, una dotada para la acción y la otra para un pasivo panteísmo, se unen en perpetua discordia. Así se produce el problema más serio que se cierne amenazante sobre el futuro del hombre americano, el alma indefinida, en lucha consigo misma, del mestizo, blanco de sátiras y ataques de todo el mundo, alma corrompida y perversa que sintetiza todo lo malo del indio y del blanco, según europeizantes e indigenistas. El alma del mestizo existe, sin embargo, y forma las tres cuartas partes de nuestra América; de ella debemos preocuparnos primordialmente y con criterio realista. Loarla o menospreciarla será siempre debilidad, vicio de quien busque el refugio del avestruz.

La moral del mestizo es susceptible de mejoramiento. Bastaría, según Palza, con la creación de una cultura que se levante sobre el hombre propio, por él y para él. Pero esto no es suficiente, ya que nos queda el problema del indio cuya solución —y la del mestizo mismo— será el mestizamiento: “El alma indígena o encuentra en él su propia vía o está condenada a no tener ninguna”. La tierra sería el medio de lograr este movimiento y así lo asegura Palza en forma concreta y segura: “El orden indio-mestizo-blanco en que descansa el mundo indoamericano está construído sobre la base de una posición humana respecto a la tierra; más cerca de ésta, trabajándola con las propias manos, más bajo en la escala social, es decir, indio; más lejos de ella, de la tierra, trabajándola o explotándola con intermediario (hacendado), en consecuencia más ‘decente’, es

decir, blanco o semiblanco. Entre los dos extremos queda siempre suspendido el mestizo. Urge, pues, conectarlo de algún modo con una base cierta de sustentación. Ya se ha dicho cuál debe ser. Al dársela, lo indígena tendrá su órgano de expresión y lo mestizo habrá salido de su estado de indefinición o duda mental, que es, en verdad, lo que representa en el momento”.

Esta posición indefinida, variable, del mestizo, produce la mentalidad fragmentaria tan típica del hispanoamericano que se vuelve a veces, hacia Europa y otras hacia las culturas precolumbinas en busca de raigambre, de tradición. Esto de la tradición, sobre todo en lo que concierne a lo literario, me ha preocupado intensamente al considerar lo fragmentario de nuestra expresión en el campo de las bellas letras. Porque teorizar sobre un caso dado es siempre fácil, pero llegar a la correcta interpretación del caso individual no lo es tanto. Y aquí entraríamos en un problema de geografía racial, porque lo que para el boliviano o el peruano, herederos de la maravillosa cultura incaica, es, o debería ser, un deber espiritual (la vuelta al ancestro indígena), para el chileno, el argentino o el uruguayo no sería sino una falsa actitud de autoctonismo fingido. Nuestra tradición está en lo puramente español, ya que en lo araucano nadie se atrevería a buscar una clave espiritual.

El mestizo carece de una cultura propia, entendiendo este concepto en su forma más elemental, la del dominio del hombre sobre su mundo natural circundante. El es el dominado por la naturaleza y aquí se nos presenta el caso doble del hombre sin mundo y del mundo sin hombre. El único señor de su naturaleza es el indio, porque se ha mantenido en contacto constante con la tierra. La revolución mexicana ha comprendido la esterilidad del hombre desposeído y ha devuelto al indio sus tierras, reintegrándole así a su mundo conocido, al dominio pleno de su alma. Esto es, en la acción, lo que Palza significa al hablar del hombre como método.

Todo esto está muy bien, pero es aquí donde se nos presen-

tan serias dudas acerca de la necesidad de cumplir tal programa en un mundo industrializado, en un mundo maquinista. Reconocemos y aceptamos que toda base de cultura es la tierra, que en ella nacimos y a ella hemos de volver el rostro al morir. Agricultura: cultura del agro. Pero no podemos desentendernos de las leyes económicas que rigen al mundo actual. Si nos alejamos de la maquinaria para volver al cultivo primitivo de la tierra, si tratamos de establecer el contacto directo del hombre con el suelo, nos quedaremos a la zaga de los pueblos industrializados, en los cuales la agricultura misma es industria; seremos invadidos en nuestros propios dominios, o seremos explotados en intercambios de productos hechos en forma injusta e irrisoria.

El mismo señor Palza habla en el último capítulo de su libro del hombre boliviano y de su actitud de recogimiento espiritual, actitud de ensueño, contemplativa, de su mentalidad impráctica. ¿Qué le ha pasado a Bolivia en la historia? Países menos ensimismados, europeizados casi hasta la claudicación, se han apoderado de sus puertos, de sus minas, de sus ríos, y la han encerrado en sus agrias montañas. Y si el boliviano continúa con los ojos vueltos hacia su mundo interior, día llegará en que se encuentre sometido al vasallaje de la Argentina, de Chile o de los Estados Unidos. Desde luego, y en el terreno puramente económico, Bolivia no es sino una colonia del capitalismo internacional. Esta es la tragedia de América, tragedia provocada por los grandes capitanes de la industria mundial. Ellos nos observan, nos sonríen, nos adulan, para luego despojarnos de nuestras más queridas posesiones; estén ellas en el fondo de la tierra o en el hondón de nuestras almas. En algún ensayo escrito hace ya varios años impugnaba yo el programa cultural que nos ofrecía Rodó en su *Ariel*; hoy, y por las mismas razones, me parece que las ideas del señor Palza, mucho más simpáticas para mí que las del maestro uruguayo, entrañan parecido peligro. Mi opinión franca en este tema, es que si queremos

mantener nuestra independencia y nuestra soberanía, debemos proceder a saltos, como el tigre, y no dejarnos atrapar en la mitad de la jornada.

En su estudio *El hombre como método* sigue Palza las ideas expuestas por Kant en su *Antropología*: el objeto más importante del mundo a que el hombre puede aplicarse, es el hombre mismo, porque él es su propio fin último. He aquí entonces el punto de partida del joven pensador boliviano, el hombre como método, es decir, antes que nada hay que conocer al hombre como materia prima en el conocimiento del mundo. Se necesitaría entonces en América una especie de antropología filosófica que considerara al hombre como ser espiritual, como la resultante cultural de factores históricos y raciales. Al discutir el trasplante de la ciencia europea a América y la carencia de bases fundamentales de pensamiento en el hombre del Nuevo Mundo, llega Palza a conclusiones trágicamente ciertas, asegurando que la cultura universitaria hispanoamericana es sólo un adiestramiento en la técnica, o sea en las partes más externas del pensamiento científico. El deber del hispanoamericano es encontrar el ritmo adecuado entre su propia vida, tal como es, y su pensamiento; pero es él mismo quien debe descubrir su movimiento ideológico interno, la categoría de su pensamiento, necesariamente distinta de la del hombre europeo.

Al concebir así un pensamiento propio hispanoamericano no se está lejos de concebir una ciencia autóctona, cosa posible si por ciencia se entiende "una articulación o compenetración lo más perfecta posible con el mundo actual". Lo triste es que el hombre americano —excepción hecha del indio— ha perdido esa compenetración con su naturaleza y se atiene a la ciencia europea de una manera casi objetiva. Hay que volver a crear en la mente americana ciertas leyes naturales descubiertas por la ciencia europea. Para evitar la dispersión del pensamiento aconseja Palza la fundación de la universidad panindoamericana que tendría por objeto el estudio de las normas fundamentales de

una ciencia y de una filosofía hispanoamericanas para extraer de todo ello una tabla de las categorías del pensamiento autóctono, valedera para éste, y sólo para éste.

Defensores fanáticos del hispanoamericanismo literario, pecaríamos de inconsecuentes si no viéramos en la obra del señor Palza un valor extraordinario para el pensamiento de nuestro continente. En ella encontrará la juventud de América inspiración y ejemplo, lección saludable de patriotismo, anunciaciones de un futuro mejor, posibilidad de reconquistar nuestra dignidad de pensamiento perdida en el afán ciego de la imitación y de la renuncia. Regocijo puro de nuestra inteligencia es el descubrimiento de un nuevo pensador y orgullo de la mejor ley presentarlo al mundo de habla hispana.

ARTURO TORRES-RIOSECO.